

EL UJER

PERIODICO SEMANAL

HISTORIA, POLITICA, LITERATURA, ARTES, LOCALIDAD

OFICINA:— IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO, CALLE DE MORANDE, 38.

AÑO I.

SANTIAGO, OCTUBRE 29 DE 1877.

NUM. 23

REDACTORA.

Señora Lucrecia Undurraga, viuda de Somarriva.

COLABORADORAS.

SANTIAGO.

Señora Mercedes Rogers de Herrera
" Enriqueta Calvo de Vera
" Isabel Le-Brun de Pinochet
" Mercedes A. Latorre, viuda de G.
Sta. Enriqueta Solar Undurraga
" Victoria Cueto
" Elvira Meneses
" Elisa Charlo
" Antonia Tarragó
" Rosa Z. Gonzalez

VALPARAISO.

Señora Rosario Orrego de Chacon
" Eduvijis Casanova de Polanco
Sta. Rejina Uribe Orrego
" Anjela Uribe Orrego
" Dolores L. de Guevara
" Adela Anguita

SAN FELIPE.

Señora Aurora Baratoux de Arrieta
Sta. Enriqueta Courbis

SERENA.

Señora] Mercedes Cervelló

TALCA.

Sta. Emilia Lisboa

CURICO.

Sta. Carolina Olmedo

CHILLAN.

Señora Mercedes Maira de Moreno
Sta. Ercilia Gaete

RENGO.

Señora Clara Luisa Arriarán

COPIAPO.

Sta. Isabel Randolph
" Delfina María Hidalgo

TALCAHUANO.

Sta. María Luisa Cerna

SUMARIO.—1.º La Caridad, por la señorita Sara E. Lazanel.—2.º Las preferencias, traduccion del frances por Grano de Arena.—3.º Mi viejo profesor, traduccion del frances por la señorita Carolina Aravena.—4.º Ayer i hoy, poesia, por la señorita Delfina María Hidalgo.—5.º A una flor, poesia, por la señorita Ercilia Gaete.—6.º Recuerdos, poesia, por la señorita Rosa Z. Gonzalez R.—7.º Un suicidio, poesia, por M. F. Rodellav.—8.º Descripcion jeneral del palacio de la Alhambra, etc., etc.—9.º Revista semanal, por Safo.

ESTUDIOS SOCIALES

CARIDAD.

La Caridad: tratemos de analizar esta palabra; penetremos de lo que ella significa.

¡Caridad! palabra suave i melodiosa, suena grata i simpática a nuestro oido: *amor a nuestros iguales* ella quiere decir.

¡Caridad! virtud sublime, hija de Dios, ella nos hace ver un hermano en cada uno de nuestros semejantes!

Esta virtud es reservada i modesta, no gusta de la ostentacion, porque la práctica de este gran sentimiento lleva en sí misma la recompensa.

I a la verdad, ¿se experimenta jamas un mas delicioso bienestar en el alma que cuando se deposita el óbolo de la caridad en la enflaquecida mano de una viuda que con semblante demacrado i triste i con la voz ahogada por los sollozos, implora un mendrugo de pan para sus huérfanos i pequeños hijos?

¿Qué consuelo no siente el corazon despues de haber enjugado una lágrima arrancada por el dolor, despues de haber mitigado los sufrimientos del que padece?

¿Qué placer debe experimentarse cuando se ha podido guarecer de la inclemencia de los cielos al infeliz que, cubierto de harapos, tiembla de frio sin tener un miserable lecho donde ir a reposar su fatigado cuerpo!

¿Cómo despierta en el corazon este grande i noble i sentimiento con la presencia de aquellos a quienes el trabajo o el hado aciago privó de la luz del sol!

¿Cuánto se sufre si no se puede calmar su afliccion o aliviar su mendicidad i su triste situacion!

¡Seres desventurados que ademas de no poder ganar la sub-

sistencia, no les es dado tampoco gozar admirando el poder del Sublime Arquitecto en la espléndida i grandiosa obra de la naturaleza!

Tanto se aviva este sentimiento a la vista de la humanidad doliente, que desarrollando un amor inmenso por ella, transforma en abnegada heroína a la que lo llega a sentir.

¿Qué creéis que da valor a esas bellas jóvenes que desprecian todos los atractivos que tienen la juventud, la hermosura i las riquezas, con que las dotara la Providencia, i que todo lo abandonan por dedicarse a consolar al desgraciado que jime bajo el peso del dolor i la miseria, sino esa divina llama que llamamos *Caridad*?

La historia nos presenta en esta clase de acciones un bellísimo ejemplo.

Miss Florencia Nighlingale era hija de la soberbia Albion, doncella joven i rica; su grande amor a los que sufren se avivó de tal manera cuando la sangrienta guerra de Crimea, que no pudiendo su alma soportar por mas tiempo tanto fuego, sin entrar en accion, corrió a saciar su sed de Caridad en el desastroso campo de batalla.

Se constituyó a la cabeza de los hospitales de sangre para curar ella misma a los heridos mientras durara la guerra, sin que para esto le arredraran ni el estruendo del cañon, ni el silbar de las balas, ni los lastimeros ayes de los que éstas derribaban cayendo tal vez heridos de muerte.....

La historia ha inmortalizado el nombre de esta noble i rica heroína de la Caridad, i nos la presenta como un perfecto modelo de esa virtud llevada casi hasta lo inverosímil.

Por lo que hasta aquí hemos dicho, parece que solo en ese terreno pudiera ejercerse la Caridad.

¡Ah! nó; ella tiene otro teatro, otro campo no ménos vasto que aquél.

¿Quién os ha dicho que en medio de la sociedad misma i sin necesidad de tender la mano al menesteroso, no pueda uno tambien ser caritativo?

¿Cuántas veces la maledicencia terjiversa la accion mas sencilla, la palabra mas inofensiva, haciendo con ésto una víctima!

Entónces la verdadera Caridad alza su voz para llevar la luz: analiza, defiende, busca el medio de encontrar el lado bueno; que no hai accion ni palabra que no lo tenga.

I por este medio halla la moral o la enseñanza que de ello

se desprende, haciendo así menos atenuante la acción o palabra que la falta de Caridad vituperada: contra esta valla debe estrellarse siempre la irreflexión y la maledicencia.

¡Cuán noble y meritoria es la práctica de esta Caridad, tanto más laudable cuanto menos digna fuera la causa defendida!

Un proceder así es una recomendación para quien la lleva a cabo, y eleva muy alto sus buenos sentimientos.

Nadie da cabida en la mente a aquello que no se considera capaz de hacer.

Todo lo que es bueno se cree cuando el corazón abriga el germen del bien.

El ejercicio de esta abnegada virtud, en este o aquel terreno, tiene su premio en sí mismo por el inefable goce que ella hace sentir al que la practica.

En ambos casos y donde quiera que ella brille tiene el respeto de las jentes y el aplauso jeneral.

La Caridad es el ángel que se cierne sobre la tierra para consolar al desgraciado: es un emisario de la Divinidad, es la Providencia.

La Caridad, en medio de la sociedad, es la oliva de paz que aparece siempre pura y resplandeciente.

Ella es, en fin, el amor a Dios y a la humanidad!

SARA E. LAZANEL.

Copiapó, octubre 12 de 1877.

(*El Atacama.*)

Las preferencias.

[Traducido del francés.]

Como quieran decir los traductores de la humanidad, nada hay más raro en el mundo que el mal hecho a sabiendas.

El mal lo cometen algunos porque ignoran el bien; otros, extraviando su juicio, dan al mal la apariencia y el sello del bien: el mayor número, en fin, porque su espíritu y su conciencia han desfallecido por la negligencia, y encuentra más cómodo obedecer a sus instintos que combatir por la reflexión lo que enseña el deber.

No es seguro contar sobre la noción innata del deber. Según esto, aquel es complicado, encubierto y no se descubre sino en razón de esfuerzos perseverantes hechos de buena fe. Las personas que desean ir con prontitud a la obra, que no tienen inclinación al análisis y no se cuidan de estudiar el modo de perfeccionarse, pueden, sin embargo, si están de buena fe, llegar muy presto a discernir cuál es el verdadero deber, aquel que debe acogerse con preferencia a cualquiera otro. Se trata de un método un tanto curable, sin embargo de ser falible; para tocar al fin que nos conduce a este camino, tratará de elegir entre todos los deberes aquel que nos sea más difícil acoger. Este es el verdadero deber, el más importante de todos.

Pero así que lo voy diciendo, la reflexión presenta un esfuerzo en que el perezoso de espíritu y de conciencia busca voluntariamente como eximirse. Por esto vemos sin cesar, no solamente hacer el mal, pero aun más, sembrarlo en el porvenir y cultivar, por consiguiente, lo que tratarían si no destituir por lo menos mitigar.

Para entrar sin más retardo en la vía de la cuestión que me ocupa en este momento, a cuántos de entre nosotros no les consta la existencia de los monstruos que lo son sin saberlo! Pecan solamente de ternura según ellos, y la falta que cometen es fecunda en malos resultados, porque varían voluntaria o involuntariamente su fantasía. En un momento estos monstruos inconsecuentes son los padres que, teniendo muchos hijos, prefieren uno de entre ellos, y conociendo el mal de esta preferencia, tienen la imperdonable injusticia de manifestarlo.

Mientras que el sentimiento, cualquiera que sea, permanece oculto en lo profundo de nuestra alma; no somos responsables de su existencia; si es vituperable la conciencia y la razón que nos han sido dadas, pueden y deben entre tanto obtener el triunfo definitivo, reduciendo este sentimiento a la imposibilidad. Desde que pasa de la existencia lenta a la activa, desde que se manifiesta, somos culpables y nos hacemos reprochables, por poco que nos abandonemos a una inclinación que el deber reprueba.

No importa que nuestra ternura sea pura y legítima desde que deja los derechos iguales, y que tiene por resultado más

que posible, probable, de hacer nacer malos sentimientos, tales como la envidia y el odio entre los hermanos: esta ternura no es, pues, legítima ni pura.

Con todo no es rara la existencia de preferencias de esta naturaleza. Tal madre prefiere su hijo a sus hijas, una de las hijas a las otras hijas, aquel padre manifiesta un sentimiento análogo, y tanto la madre como el padre, no prevén o no quieren aplicarse a prevenir que la preferencia cualquiera que sea su objeto, tiene por consecuencia inevitable hacer mal a aquel de quien es objeto, lo mismo que aquellos que son las víctimas; y de todos modos, la preferencia se atrae a uno de los hijos con detrimento de los otros, destruyendo las afecciones de la familia a la ayuda de dos esfuerzos combinados: el egoísmo de aquel que se prefiere y el resentimiento de aquellos a quienes es preferido.

Oigo desde aquí el coro de madres ciegas por una preferencia de este género exclamar, que el objeto de su ternura no puede ser egoísta, que es naturalmente perfecto y que es precisamente esta perfección la que motiva y justifica la preferencia. ¡Ah! pero ellas se equivocan. Si no se equivoca, si su hijo preferido es perfecto, será desgraciado justamente en razón de esta perfección. Las bellas y grandes almas sufren más por los sufrimientos de los otros que por los suyos propios; y si el hijo preferido es perfecto, no podía soportar sin un amargo dolor la denegación de justicia de que es la causa y de la que tiene el infortunio de gozar. Luego, ¿cuántas veces no hemos visto y vemos algunos hijos que el dolor de una preferencia les ataca en su salud moral y física! Y poco causa el mismo efecto en aquellos que son el objeto y no la víctima de esta preferencia; porque los hijos preferidos no son perfectos como quieren hacerlos aparecer, pues a veces abusan no solamente contra ellos mismos, aun más todavía y por razón de esta preferencia.

Quizá porque aquel nació primero es en efecto preferible a sus hermanos: basta esta manifestación para hacerlo indigno de la preferencia. Y desde que esta se produce en efecto, la injusticia surge y Dios quiere que se vengue a las víctimas de la injusticia, dejando se vicien los que se aprovechan mal de esta su acción.

Sí, el hijo preferido es siempre moralmente inferior a los hermanos a quienes es preferido, y es porque conoce esta preferencia de que goza y no sufre y porque la ternura ciega de que es objeto, encubre en él el egoísmo que existe en cada uno de nosotros sin duda, pero que para él toma proporciones excepcionales y es porque asiste en todos los momentos de su existencia a un espectáculo desmoralizador y contrae la incurable enfermedad que se llama escepticismo; porque la preferencia instintiva, osaré decir brutal, con que se testifica, no permite a los padres ciegos y locos conocer y combatir en él, los defectos que posee inevitablemente en calidad de escritura humana, y que en razón de esta preferencia el no está educado más allá del sentido literal que en el sentido figurado de estas palabras.

Pero diráse: estas preferencias son involuntarias: el hijo que preferimos es más hermoso, más inteligente o más amable que sus demás hermanos, y no podemos luchar contra un instinto que se apodera.

Así es como explican el instinto brutal (repite la palabra más dura que encuentro); pero es precisamente por combatir contra este instinto que nos humilla, es pues para quitar las inclinaciones viciadas, que Dios nos ha dado la conciencia y la razón. ¿Osaremos confesar que no sabemos ni podemos ni queremos escuchar a nuestra conciencia y nuestra razón? Hacemos, pues, esta confesión cuando no tenemos la fuerza de reprimir las manifestaciones de nuestras preferencias y llevamos hacia uno solo de nuestros hijos toda o una parte principal de la ternura que es bien común a todos ellos.

Un proverbio de Oriente dice: Desgraciado el hijo único! él está consagrado a la desgracia.

La observación se encuentra de acuerdo con la superstición, estableciendo que el hijo preferido y cuidado a expensas de los demás, se atrae invisiblemente la desgracia.

No son, por lo tanto, supersticiones las que pretendo dar por regla de conducta; pero es permitido y algunas veces saludable, estudiar por algún punto la superstición que suele confundirse con la realidad, lo que es con frecuencia un disfraz dramático. El hijo único recibe tantos cuidados como los que se harían a muchos hijos a la vez. Es muy mal educado, y de consiguiente, mucho menos fuerte contra las dificultades que se presentan en la vida. Su cuerpo muy delicado, su alma muy tibia, su energía muy dudosa, su moralidad mucho menos sólida.... y todo porque a fuerza de quererlo, contemplarlo, cui-







